



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 29. Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 2 Agosto 1877. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVII.

SUMARIO.—Revista de modas, por Joaquina Balmaseda.—Trajes de la estación.—Vestido de campo para señora.—Vestido bordado para niña.—Cuellos y puños de moda.—Fichú echarpe.—Manteleta.—Traje para salón.—Sombreros para niñas.—Cuello fichú.—Traje para paseo.—Abrigo cubre-pelvo para campo y viaje.—Vestido breton.—Traje para niña.—Traje para jovencita.—Traje para paseo.—Vestido princesa adornado con plisés.—Vestido con túnica de aldetas.—Peinados elegantes: Pei-

nado Cloris.—Peinado Duquesa.—Saco para viaje.—Cartera para secar hiervas.—LITERATURA: El qué dirán, por Pedro Miguel Ortega.—Poesía, por el Dr. Lopez de la Vega.—Las mujeres del harem, por una maestra inglesa.—Cila, por Aurora Lista.—Las diversiones, por Miguel Martín y Ginesta.—Charadas.—Secretos útiles.—Variedades.—Explicación del figurín.

REVISTA DE MODAS.

La actividad de la moda, por el momento, hay que buscarla en los puertos del Océano Cantábrico, en las playas de Normandía y en los establecimientos termiales; y no la moda ostentosa de los salones que gusta exhibirse entre encajes y joyas que proyectan mil cambiantes a las infinitas luces del salón ó del teatro, sino la moda humilde y modesta, que hace alarde de doble coquetería al presentarse envuelta en su traje de percal. El percal está á la orden del día, lectoras mías, y las más bellas y elegantes damas hacen gala de sencillez presentándose con tan modesto atavío; pero en cambio, ¡qué recursos de buen gusto se emplean para un vestido de percal! ¡Cómo se estudian, se acarician, se miman, si me permitís la frase! En las playas de Jijón y de San Sebastian se ven mujeres vestidas de cretona y percal, con un gusto y una distinción como no podría presumirse al tratarse de tela de tan poquísimo valor; y no quisiera decirlo, pero me han parecido mucho menos elegantes las que se han presentado con trajes más ricos.

El percal cachemir, ó los que tienen cenefas para hacer el género breton, son los más bellos, viéndose muchos en este mismo gusto, hecha la figura bretona con vivos de otro color, puntillas de hilo y profusión de medallas ó requies: las túnicas princesa, con los centros de adelante y atrás de otra tela, se ven en gran número; los paletots con profusión; y lo que aún no se ve, pero que por lo mismo vuelvo á daros como noticia, son los cuerpos-blusa de talle redondo. Como vienen á trastornar por completo el carácter de la moda, tardarán algo en ser aceptados; pero ellos andarán su camino, y los cinturones y las cinturas estrechas volverán á brillar en primer término. En el número de hoy tenéis ya un modelo que imitar en este género, en el grabado número 12: es un vestido propio para jovencita, que tiene gracia y candor infantiles; que á tanto llega el carácter de un vestido, que hasta tiene condiciones de inocencia y candor.

También os participo que el género princesa liso, sin túnicas, echarpes ni recogidos ocupa un lugar distinguido en la moda actual: en las playas antes citadas se ve alguno de estos trajes enteramente lisos, cerrados por delante con botones, y á los que presta majestad un echarpe de la misma tela, ó bien de cachemir ó punto de lana, que cruza como un chal doble, ó sea des-



1 Á 3. TRAJE DE LA ESTACION.

2. Vestido bordado para niña.

1. Vestido de campo para señora.

3. Blusa de mañana para niña.

mentido, y vuelven las puntas hácia atrás para anudarse sobre la cola de la falda: una dama muy conocida de nuestra aristocracia llevaba una de estas tardes paseando por las orillas del mar un vestido de esta hechura, de cretona azul-marino, y un fichú ó manteleta echarpe de punto blanco con doble fleco, y cuyas puntas volvían á anudarse por detrás sobre la cola lisa del vestido: un sombrero de paja negra con gasa blanca completaba este delicioso atavío, modesto y lleno de majestad.

El color blanco es el indicado para casinos y fiestas de los salones, y de París me recomiendan en este gusto dos

creaciones llenas de novedad: es el uno un vestido blanco-marfil de barege y cuerpo muy ceñido, desde el cual la falda caía en gruesos cañones apuntados por dentro para que no se desformasen al moverse el traje: el delantero iba plegado en las costuras de adelante como el que ofrece el grabado 18 del número presente, y sin ningún adorno más que manga lisa á lo religiosa, esto es, ancha y con gran vuelta de lo mismo. Este traje no podría ser llevado, sin parecer vulgar, más que por una persona distinguida. El segundo era, por el contrario, de muselina blanca, lleno de plegados, de entredoses calados y descansando sobre un traje-viso de seda violeta con cinturón de seda de este color, y gran ruche alrededor del escote que terminaba bajo un grupo de cinta y flores violeta: este vestido no tenía nada de particular, nada... sino que carecía de cola. ¡Comprendéis la osadía! ¡Un vestido de salón sin cola! Pues así era, y hay quien asegura que estaba muy bien y parecía el más propio de un casino campestre.

Para traje de baño se reciben modelos de una elegancia tal, que se resisten á la práctica: modelos tengo á la vista, de calzon terminado por plegados y blusa plegada por detrás en todo su largo, de forma princesa por delante y adornada de tiras ó galones copiando el tan conocido carácter breton que se ve en los trajes de paseo; pero la verdad es que pocas aceptan para entrar en el agua trajes de tal pretensión: el calzon y la blusa, de poco vuelo, cortada como un paletot ancho y cerrado á un lado ó con cartera, suele ser lo más general, ciñendo la blusa un cinturón que repite las trencillas ó galones del traje, y completando éste las zapatillas con cintas y el gran sombrero de paja ordinaria.

Entre los sombreros para vestir que se indicaron al principio de la estación, parecen haberse adoptado definitivamente, para campo y playa, el sombrero Cabriolet y la capota María Stuard. El primero es el tan conocido sombrero pastora con una cinta cruzada por encima del sombrero, que baja el ala de los dos lados para ceñirse en bridas: la capota María Stuard, para personas formales por su edad y circunstancias, es de tul negro, de fondo elevado, de ala baja por delante y adornada de plumas de gallo. La primera de las dos formas es la más generalizada, sin bridas, y sólo aplastada de los lados el ala por medio de los alambres. Las plumas se ven en

abundancia, y parecen haber sucedido á las flores que por una temporada han cubierto por completo nuestros sombreros: no obstante, aún se ven algunos con adornos de flores de tilo ó corona de musgo y miosotis, que se sostienen, gracias á su belleza.

Como accesorios se habla de la bolsa *redicula* colgado del brazo como en tiempo de nuestras abuelas, en sustitución á la limosneta, que va perdiendo importancia: algunas señoras en París parece que aprovechan la supresión de la limosneta para pasar el pañuelo en el cinturón del vestido; pero esto ya se comprende que no puede ser aceptado por ninguna persona seria, y el bolsillo escondido volverá á ser una necesidad en el traje. Como cuellos, el cuello *Angelo*, fichú de gasa plegada terminado por un encaje, tiene gran distinción, así como el gran cuello *Richelieu* con gran puño igual, ya formado por encajes y bordados, ya por entredoses bordados y plegados de gasa. Los juegos de cuellos y puños con bordados bretones gozan de gran favor, y los terminados por calados, de los que ofrece un lindo modelo este mismo número. También el encaje Clovis sigue poniéndose en esta clase de accesorios de vestir y en los fichús abiertos, de los que viene dando EL CORREO modelos todos días: el encaje Clovis es el que tiene un perfil de color alrededor del dibujo del encaje; pero para vestir, y como encajes estimados, los guipures finos en blanco son los indicados; los otros, por sus toques de color, resultan siempre de un aspecto algo chocarrero, que conviene más para guarnecer los trajes de cretona que los cuellos y mangas de vestir.

JOAQUINA BALMASEDA.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Á 3. TRAJES DE LA ESTACION.

1. *Vestido para señora.*—Es de tela de lana gris claro, con varios órdenes de pespuntos por adorno, hechos con seda de tono más oscuro, ó del color del plegado y de los vivos, si se pone distinto: el plegado de la falda con cabeza tiene 15 cents. de ancho, y deben ponerse para fuerza interior en todos los sitios ocupados por los pespuntos tiras de cretona ó percal. La túnica se recoge por cualquiera de nuestros modelos, y el paletot sin mangas baja recto con los bolsillos en la parte posterior y dos órdenes de botones que permiten cerrarle á derecha ó izquierda. Sombrero de paja de Italia con cinta y flores.

2. *Vestido bordado para niña.*—Es de forma princesa y tela gris con galones ó bordados en lana azul y encarnado á punto de cadeneta: un plegado de la misma tela rodea el escote y manga corta, completando el traje lazos de cinta ó de tela igual al adorno. Los galones bordados pueden reemplazar á las cenefas bordadas en la tela.

3. *Blusa de mañana para niña.*—(Patron en el mes de Junio.)

Esta forma de traje puede emplearse como blusa ó como paletot para encima de otro traje, cortándole por cualquiera de nuestros numerosos patrones y según la estatura de la niña: para este tiempo puede ser de tela de hilo ó cretona de color, guarnecida de puntillas ó cenefas á la inglesa. Al patron antes indicado hay necesidad de añadirle tela para las tres tablas que lleva en la espalda, sujetas en el talle por dos patas que salen de las costuras del costado, para cerrar con un boton: botones de batista ó nácar, cuello marinero y lazo de seda.

4 Á 8. CUELLOS Y PUÑOS.

La forma de estos cuellos, con entretela fuerte, no ofrece nada de particular, pero el adorno es muy lindo y puede hacerse blanco ó de color: un ribete de color y lunares bordados entre dos hileras de pespuntos forman el adorno del cuello y puño núms. 4 y 5, orillado el borde de puntilla de hilo blanca y de color, hecha como dejamos indicando en números anteriores. El núm. 8 muestra el adorno de los cuellos núms. 6 y 7, hecho de cuadros dobles de cinta ó tela y unidos por calados: cada cuadro exige 2 cents. de largo y uno de ancho de tela ó de cinta, disponiendo luego los cuadros sobre el mismo patron del cuello para que guarde la forma, y colocando los bieses del color de los cuadros, si éstos son de color.

9 Y 10. FICHÚ-ECHARPE.

Este modelo es de faya, cachemir ó granadina negra, y es sencillamente una tira de 195 cents. de largo por 50 de ancho, nesgada de las puntas y vuelta en cuello ó solapa de 13 cents.: un fleco de seda de 10 cents. de ancho le guarnece, y agremas de pasamanería y lazos de cinta de faya le completan.

11. MANTELETA.

Córtase de cachemir, de una tira de 60 cents. de ancho, redondeándola hacia las puntas: el borde de adelante está al hilo, y se añade una vuelta ó cuello de 9 centímetros con pliegue en el centro, que oculta un lazo. El adorno consiste en fleco igual y una cenefa bordada en torzal negro ó sedas de colores.

12. VESTIDO PARA SALON CON CUERPO BLUSA.

Es de tul blanco, adornada la falda de plegados de distintos anchos, así como túnica muy recogida por detras. El cuerpo blusa va adornado de pliegues separados 3 cents. unos de otros, y la manga medio larga y el escote se guarnecen igualmente con plegados. Cinturon plegado de raso blanco, rosas en el cabello, escote y túnica.

13. SACO PARA VIAJE.

Es muy cómodo para escursiones cortas y llevar el abrigo y otros objetos útiles en viaje, y á veces un vestido completo de tela ligera: ciérrase por uno de los extremos, como indica el grabado, y su adorno consiste en flecos y bordados, cuyos modelos ofrecerá el número próximo: el cordón que adorna el asa doble, y termina con borla, se hace de lana igual á los colores que adornan el saco.

14. CARTERA PARA SECAR HIERBAS. (PINTURA SILUETA.)

Este objeto es muy útil por su buena disposicion interior y muy á propósito para llevarla al campo: sus tapas son de pintura silueta, trabajo que ya conocen nuestras lectoras, y son dos telas de un centímetro de espesor por 17 y 21 cents. de ancho y largo, sosteniendo en medio varias hojas de papel secante, cerrando el todo correas y presillas que sujetan las hojas y flores colocadas entre el papel secante: un asa ó presilla de cuero permite llevarla fácilmente en la mano.

15 Y 16. PEINADOS.

15. *Peinado Cloris.*—Es un peinado de trenzas y bucles con diadema de oro: para él se reparten los cabellos en la parte superior de la cabeza, y los de atras se cruzan para sostener todo el peinado, disponiendo los de adelante en ondulaciones y sortijillas á la frente, y dejando sus puntas para trenzarse alrededor de un peine de concha, ó si no son bastante largas se ocultan bajo trenzas postizas. Diadema de oro sujeta por un elástico.

16. *Peinado Duquesa.*—Los cabellos de adelante, rizados ó lisos, se recogen con la mitad de los cabellos de atras en la parte superior de la cabeza, repartiéndolos en tres mechones que se completan con un retorcido de dos cocas y algunos tirabuzones flotantes. Grupo de rosas en el peinado.

17. CUELLO FICHÚ.

La forma de cuello que ofrece este número es muy propia para vestido abierto, sea de túnica-coraza ó vestido princesa: la tira en que se arma es un biés forrado de linon de 11 cents. por detras y más estrecho en las puntas, adornado de tres bieses de faya y lazo de lo mismo con gola hacia arriba. Sombrero de paja con cintas y flores.

18 Á 22. TRAJES PARA VISITA Y PASEO.

Patrones: en números anteriores.

18. *Vestido princesa con cola postiza.*—El centro de la espalda, de la misma tela que la cola, va cosido á los costadillos con vivo de lo mismo: puede ser, como los paños que forman la cola, de faya con un traje de lana. En uno de nuestros últimos números hallarán un modelo bullonado por delante como el que presenta esta figura, y con las explicaciones necesarias para su confección. Sombrero de paja inglesa con el ala guarnecida de bullonado azul, y por dentro doble ruche de gasa. Lazos azules y flores de tilo.

19. *Abrigo cubre-polvo.*—(Patron del cuello y manga: en el pliego del mes de Julio.)

Hácese este abrigo de alpaca ó tela cruda, de la forma de un paletot holgado, cerrado con doble carrera de botones, escote en corazon y cuello chal. La manga ancha y cómoda, de forma cuadrada, la tienen ya recibida y explicada nuestras lectoras en números anteriores; cerrada la manga desde la estrella al doble punto, y unido el resto con botones al costadillo de detras, adornado de faya tilo y flores de igual color.

20. *Vestido princesa cerrado por detras, para niña.*—Los bieses de 2 cents. de ancho, las patas del mismo

ancho y 9 cents. de largo, y las vueltas de manga son de percal á cuadros azul y blanco sobre un percal liso azul claro: el volante que termina la falda es de 4 cents. y el plegado de 3. Tiras bordadas completan el adorno. Sombrero de paja de capricho con cintas y madroños de lana.

21. *Vestido breton.*—La túnica princesa es siempre elegante; sin embargo, se le dá hoy en todo lo posible el carácter breton que domina, y esto sólo con los adornos: el plaston de adelante se añade postizo, guarnecido de tiras bordadas, y otra tira plegada como el plaston y terminando con picos va sobre el plegado de la falda: este modelo es de tela de lana gris claro, los galones blancos y negros, y negros los vivos.

22. *Vestido para jovencita.*—Es de percal rayado gris y blanco, con las costuras adornadas de vivos encarnados: la falda es lisa con plegados y vivos encarnados, y la túnica, abierta por detras, se compone de un paño nesgado para delante, dos nesgas á los lados y un paño al hilo por detras, de 38 cents. de ancho por 100 de largo, recogido con *coulisse* por detras. Las mangas y el paletot van adornadas de plegados, biés orillado de encarnado y puntilla de hilo.

23 Y 24. SOMBREROS PARA NIÑAS.

23. *Sombrero de paja.*—Una tira doble al hilo, de 100 centímetros de largo por 15 de ancho, forma el ala, fruncida con doble cabeza, dándole forma ovalada por media de alambres pasados entre los frunces: el fondo bullonado es un óvalo de 44 cents. de largo por 28 de ancho, montado á pliegues sobre un linon de armar. Lazos de cinta y ruche de tul con miosotis.

24. *Sombrero de paja.*—El ala, levantada de adelante y del costado, va forrada de un biés de faya blanco con ruches de tul: una cinta con lazadas y cabos deshilados adorna por fuera el sombrero.

25. VESTIDO PARA PASEO.

Vestido de lana belga con adornos de faya de igual color, abierto el escote en corazon y adornado de cuello fichú abierto tambien y formado por bieses de faya sobre una armadura de linon: los bieses, que descansan uno sobre otro, forman punta por detras y van estrechando por delante para terminar bajo un lazo: la manga, igualmente de faya, llega hasta el codo, terminada por plegados y adornada más arriba por un lazo. Sombrero de paja con adornos de faya.

26 Y 27. VESTIDOS PARA JOVENCITAS.

26. *Vestido princesa.*—(Patron: en números anteriores.)

Este sencillo traje es de batista de color, con volantes plegados de lo mismo, alternando con otros de muselina blanca: un plegado más estrecho adorna las mangas y limosneta pendiente de una cinta. Corbata de encaje blanco.

27. *Vestido con túnica de aldeta.*—Puede ser todo de una tela ó de dos en combinacion, como representa el modelo: la falda, lisa, va adornada de un biés de 4 centímetros de ancho y plegados de 5 y 3. La túnica cierra por delante con botones, y la espalda y costadillos son de aldeta, bajo la cual se pegan los paños de atras de la túnica en una cintura estrecha: un paño de 125 centímetros de largo por 80 de ancho, guarnecido de bieses y reducido á 22 cents. de largo por pliegues, forma el bullonado de atras. El plegado que guarnece el traje es de 10 cents., y los bieses y carteras, de tela lisa, van indicados en el grabado mismo.

JOAQUINA BALMASEDA.



EL QUÉ DIRÁN.

Llaman niños despreocupacion, y desvergüenza otros al poco ó ningún cuidado que se presta á ciertas acciones que de suyo mucho esmero requieren. Al hombre hastiado de todo, y que aunque el mundo se hunda permanece impávido sin importársele las miserias de los demas, le dice despreocupado; mientras desvergonzado se llama cuando seduce, engaña y estafa sin que la sangre su rostro enrojezca. Pero uno y otro tipo, dignos de estudio profundo, no nos importan por hoy; merecen capítulo aparte.

Séres hay en la tierra que, viviendo demasiado un

dos á ella, mucho más aún que la almeja al peñasco, se preocupan con las cosas de la sociedad: su vida no es vida, pues suelen vivir muriendo. Un traje, una visita, un amigo, una cita, son bastante para trastornarle; "vive al pelo," como dicen en nuestro país; es un esclavo de las exigencias sociales, y como el confinado al presidio tiene por compañero el grillete, prensa de hierro es la sociedad para él: por concluir más pronto, su vida es un ¡ay! continuado.

Señora directora: antes de proseguir, no será Vd. capaz, con su reconocida ilustración, á negar la existencia de mis apreciaciones; son verdades que he ido recogiendo durante mi vida; mi tipo no es creación de la fantasía; Vd. le encontrará, con tal que se fije un momento en este laberinto social: mi héroe vive, se mueve; ¡vaya si se mueve! ¡ojalá no lo hiciera con tanta frecuencia, pues por temor al *qué dirán* es capaz de todo!

La sociedad y el mundo con sus duras leyes esclavizan; con todo, yo temo al *qué dirán* solamente en un caso, cuando haya ejecutado una mala acción; pero si no, todo me importa un bledo. Al escribir este artículo, deseo ridiculizar su lema, pues bastante en el ridículo cae quien hace caso de ciertas patrañas: ¡plegue á mi buena dicha encuentre fuerte colorido para bosquejar ese lazo en el que muchos caen y del que pocos se libran y desengañen! El hombre cuyo anhelo se funda en el cumplimiento de sus preceptos religiosos, pero sólo dentro del santuario del hogar, y se avergüenza cuando le ven en el templo, ése teme al *qué dirán*. El que da limosna en determinados días y la publica á lo fariseo, rehusando socorrer al desvalido por temor á la sociedad, es otra de las víctimas del *qué dirán*.

Esa frase con que principio el trabajo presente, es una de las más feas arrugas que tiene el universo sobre su rostro. Se mira en el paseo á una joven vestida con lujo, y á ésta se la figura que sus compañeras la han de murmurar; no, no creáis es vergüenza el rubor que le nubla sus ojos, pues ha ganado con el sudor de su frente el traje que lleva; lo que teme y la sonroja es el *qué dirán*: igual sucede con la desventurada que variando de posición social se ve obligada á reducirse á los estrechos límites de la miseria; nada debe, es verdad; á nadie puede temer, es cierto; pero, sin embargo, ántes que descubrir su pobreza confesando la desgracia que la oprime, luchará con su destino, y recogiendo los restos dispersos de su pasado naufragio, por temor al *qué dirán*, ocultará hasta la casa donde vive.

No sé qué poeta dijo (pero tampoco nos importa ahora) que "medio mundo se ríe del otro medio;" lo cierto y verdad es que pronunció una gran verdad con estas frases. Estamos viendo á muchos en la estrechez, que, cuando á la calle salen, parecen hombres á quienes la felicidad y la dicha sonríen: vemos continuamente llorar al matrimonio, vivir separados, y al presentarse en público mentir descaradamente; y esa misma esposa que en el secreto de la amistad manifestaba un odio inveterado á su cónyuge, ese esposo que castigaba á su esposa, no tardáis en verle del brazo enlazándose á su víctima y engañando por temor al *qué dirán* de las gentes.

Cual si fueran las figuras de un diorama, se me presentan á la imaginación muchos desgraciados entes que me horroriza contemplarlos; vedlos si no.

El que saliendo de su esfera dió el primer paso en el camino del vicio, siendo escarnio de los hombres de bien, ése teme al *qué dirán* los malos. Quien se suscribe á un periódico sin poder ni saber apreciar las bellezas literarias, y únicamente obra de este modo por pasar por ilustrado, ése teme al *qué dirán* los que lo sepan. El que de todo habla desfavorablemente, sin importarle nada la justa y merecida fama de un profundo ingenio, ése teme al *qué dirán* los malévulos como él. Quien leyendo y estudiando visita las bibliotecas, los ateneos y círculos científicos, si le preguntan una cosa que él ignora, porque ni aun al sabio es concedido saberlo todo, contesta con un disparate ó un despropósito, mejor que confesar su ignorancia, ése teme al *qué dirán*. El que sin maldita la gana se viste de luto asistiendo á un funeral, sufriendo con el llanto y duelo de la familia, ése teme al *qué dirán* del viudo ó de la viuda. Cuidado, que yo no envuelvo á todos en mi anatema; bien sé y me consta que hay buenos corazones; pero como tampoco ignoro la podredumbre social, yo lo que hago es señalar con mi dedo las figuras que se presentan ante mis ojos. ¡Ay! es demasiado esto, pues entonces la vida es guerra, exterminio, muerte, pero muerte y guerra que nosotros mismos nos hemos proporcionado.

Va uno por la sombra, malo; se va por el sol, peor. Debemos hacer aquello que nos convenga, con tal de no faltar á las leyes divinas y humanas: si se hace caso del *qué dirán*, no se vive tranquilo, y si se hace poco, caemos en el crimen. Lo que resulta de todo esto es que vamos estrechando más y más nuestro camino, pero de tal manera, que nada de extraño tiene demos en el mil

traspies. Que ha casado fulana, que ha venido del extranjero mengana, que ha dado á luz perengana, que el niño de la amiga cumple hoy años, que el conocido adquirió un empleo, que no hicimos una visita de pésame: entonces los aficionados al *qué dirán* abultan y exageran su falta, pero de tal suerte, que la creen imperdonable de todo punto.

Haya más franqueza. Únicamente al *qué dirán* que debemos temer es cuando alguien pueda con él hacernos salir los colores al rostro, á ése es al *qué dirán* que temo yo. No, no, me equivocaba, temo á otro mucho más; pues aunque mi nombre es bastante vulgar y nada conocido en la república de las letras, tengo mi amor propio, lo conozco. ¡Sabeis el *qué dirán* que me horroriza! Lo que digáis despues de leído este artículo: por lo demás, me agrada mucho vivir á lo tío Diego.

PEDRO MIGUEL ORTEGA.

Madrid 1876.

Á LA MEMORIA

DE LA EXCELENTE MADRE

DEL ILUSTRÍSIMO SEÑOR DON SALVADOR LÓPEZ GUIJARRO.

Cuando ya dejen de existir las flores,
Y no se sienta en la enramada umbría
Suspiro halagador;
Ni el sol despida de sus resplandores
Para llenar de hermosa luz el día,
Gloria del Hacedor;

Y no se sienta rumorosa calma
En la orilla del mar, ni ya se vea
Su reflujo espirar,
Perderá el mundo, de tu noble alma
La memoria feliz que aliento sea
Para saber amar.

Para enseñar henchida de ternura
Preceptos de verdad, viniste aquí,
Y supiste sufrir,
Y por eso tendrás paz y ventura
En la eterna mansión de la dulzura,
Pudiendo á Dios oír.

¡Oh qué feliz el que luchó en el mundo,
Y constante ganó divina palma,
Huyendo del placer,
Y dejó de su fe germen fecundo,
Con las nobles acciones de su alma,
Sin á nadie ofender!

La corona inmortal de la esperanza,
Sus restos en la tumba adornará,
Con eterno verdor;
Y allí no irá la pérdida asechanza,
Que el que tiene virtud tan sólo alcanza,
Con llanto de dolor.

Fué de su sexo inmaculada gloria
Aquella madre buena y generosa
Que no supo mentir;
Y por eso dejó grata memoria,
Porque no fué de la villana escoria
De cínico existir.

No abrigó la maldad que vive artera,
Y la malicia guarda bajo flores
De veneno mortal;
Y vió que el mundo una mansión no era
En donde la verdad vencer pudiera
Con célico ideal.

Cuando la noche tiende el triste manto
Que todo cubre de enlutada sombra,
En el frío ataud,
Tu hijo verterá copioso llanto,
Que rociará tu humilde Campo-Santo,
Recinto de quietud.

También lo verterán, sí, los que sienten
Tu partida de aquí, que prez será,
Porque es de nobles almas que no mienten;
Y mientras tanto que en el mundo alienten,
Su alma tu partida sentirá.

Pero, ¿por qué sentir, si en este suelo
No se puede encontrar lo que es preciso,
Y todos tienen pena y desconsuelo?...
—¡Dios trasladarte de este mundo quiso,
Para premiarte con la paz del Cielo!

DR. LÓPEZ DE LA VEGA.

(Madrid 21 Julio 1877.)

EL HAREM Y LAS MUJERES TURCAS

(RECUERDOS DE UNA MAESTRA INGLESA.)

(Continuación.)

Cuando la criatura tiene ocho días, la madre y ella tienen que soportar las visitas, los cumplidos, los regocijos y la música chillona, sin la que no hay fiesta posible. En estas ocasiones, las esposas deben, por lo ménos, hacer una aparición en el cuarto de la esclava madre. Su visita, por corta que sea, es una felicitación y una marca de benevolencia, por lo ménos, hacia el recién nacido.

Las esclavas que pertenecen á un ama son más dichosas que las que pertenecen á un amo, porque no están expuestas á los efectos de los celos. En general, son muchas muy jóvenes, que viven retiradas: tan luego han terminado sus quehaceres de por la mañana, se reúnen en una habitación del harem, donde algun anciano armenio les da lecciones de música. Su traje, para esta circunstancia, se compone de una falda superior ó *yeldema* de percal blanco, no sujeta al talle, y que las baja hasta los pies. Una gran banda de muselina les cubre la cabeza y se ata debajo de la barba; pero este velo no se arregla artísticamente como el *yashmack*. Mientras tanto, se confía la custodia de las jóvenes á un eunuco secundario, quien, terminada la lección, se lleva al buen hombre gritando: ¡*Dessturi!* ¡*Dessturi!* y las jóvenes serien con esta ridícula ceremonia; el mismo eunuco no puede á veces conservar su seriedad, á pesar de la importancia que da á sus funciones. Las alumnas están obligadas á manifestar el mayor respeto por sus profesores, sean griegos, asirios ó armenios.

Un día, una docena de jóvenes que estaban acostumbradas á un profesor turco, sabiendo que iba á ser reemplazado por un armenio, decidieron entre ellas no besarle la mano ántes ni despues de la lección, como se acostumbra. Fué un verdadero escándalo. El jefe de los eunucos dió parte al ama, que ordenó que las señoritas fuesen azotadas al día siguiente. La corrección no se efectuó, gracias á mi intervención; pero aproveché la ocasión para echar una filípica á las delinquentes, que desde aquel día fueron muy consideradas para con su maestro de música, y manifestaron su gratitud por el perdón recibido, redoblando su solicitud en el servicio de la *khanum-effendi*. Estas jóvenes son, en general, muy sensibles á todo lo que se hace en su obsequio. En otra ocasión, una calfa que habia roto un vaso de porcelana vino á verme llorando un domingo por la mañana, que yo salía para ir á misa:

—*Janem* (alma mía), me dijo con acento suplicante; si pudieseis arreglarlo al momento, me salvaríais de una paliza.

Quedéme, pues, y en vez de ir á misa me puse á pegar los pedazos del vaso roto. La operación salió á las mil maravillas, y fuí recompensada de mi sacrificio por la gratitud acariciadora de la calfa.

No fué la sola joven cuya amistad conquisté durante mi estancia en el harem. Algun tiempo despues de mi entrada, una pequeña esclava, una niña de seis ó siete años, llamada Rosina, cayó enferma. Era una niña muy bonita é interesante. La enfermedad, que parecía muy grave en un principio, tomó en breve el carácter de una fiebre tifoidea. Durante unos días recibió los cuidados de sus mayores en una habitación aireada, del último piso que daba al jardín. Las mismas *khanums* fueron á verla hasta el momento en que el *hakim* prohibió las visitas, temiendo el contagio. Y el estado de Rosina empeoraba cada día. Cuando no hubo esperanza, la trasladaron á un cuarto del piso bajo, para facilitar la salida del cuerpo despues de la defunción. Entregar así á aquella pobre criatura á la muerte, me parecía horrible; un deseo inmenso de salvarla se apoderó de mí.

—Dádmela, dije al ama; tal vez haya remedio; haré lo que pueda.

—Pero el *hakim* dice que debe morir....

Sin dejarme desalentar por las objeciones, insistí, y acabé por obtener lo que quería. El mismo día, despues de haber hecho saber que la moribunda me pertenecía, me instalé en el cuarto bajo en que se hallaba en compañía de una anciana *nina* muy ignorante, que no hacía más que mecerse gimiendo y rezando. Pálida, tiesa, inanimada, con los ojos apagados y los labios secos. Rosina ofrecía todos los síntomas de un fin cercano. Humeceí sus labios, y viendo que podía tragar, le di un poco de vino de quina cortado con agua. Luego la dejé dormir, cuidando de que no la molestase el ruido de las conversaciones ni de los instrumentos de música, *ood* ó *kanoon*, que resonaban en los cuartos contiguos. Durante algunos días la pequeña enferma estuvo entre la vida y la muerte; pero no tardó en declararse una mejoría, y volvió progresivamente á la salud. Entonces comenzaron las dificultades reales de mi tarea. La pobre criatura no

quería vivir. Había sufrido mucho; Alá no era bueno, decía; ¿por qué sanar? Me con dolía oírle hablar así, porque había cobrado cariño á la criatura. La dulzura, las súplicas, la perspectiva de la salud y de todos los placeres que debían seguirse, no la impresionaron en un principio; me vi obligada á recurrir á la intimación para que tomase los remedios y los alimentos. En fin, se restableció. Un día dejó su lecho, delgada, muy crecida, con los ojos un poco huraños y la cabellera larga. Además, en el espacio de un



4 y 5. Cuello y puños bordados de color y guarnecidos con encajes de palillos.

mes se había obrado en ella una extraña trasformación moral. Su timidez se había trocado en una turbulencia excesiva. A medida que le volvían las fuerzas, parecía sentir la necesidad de gastarlas sin sosiego. Tan pronto estaba en la montaña, en las viñas, donde herborizaba con ardor, como en las cuadras acariciando los caballos: algunas veces, inclinada sobre las azules aguas del mar que rodeaba la casa, tiraba pan á un esturión predilecto. No sabíamos nunca en dónde hallar á Rosina, y sus ausencias me hacían pasar numerosos momentos de ansiedad. La pequeña conocía mi debilidad para con ella, y abusaba. De oírle, me guardaba rencor por haberla salvado la vida; á lo ménos, esto oía a otras; pero sabía muy bien que no había nada de verdad en sus palabras. A veces, cuando ménos me esperaba, la veía delante de mí con las manos llenas de flores y frutos que había cogido en la montaña y me traía como regalo; ó bien en medio de una reunión de ceremonia se echaba á mi cuello y me besaba con pasión. Rosina había acabado por cobrar ciertos privilegios.



10. Fichú-écharpe visto por delante. (Véase el núm. 9.)



6. Fichú-écharpe visto por detrás. (Véase el núm. 10.)

11. Manteleta.

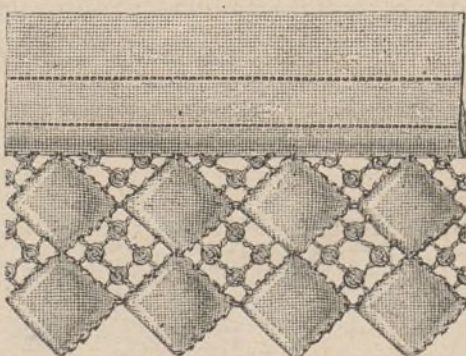


13. Saco para viaje.



14. Cartera para secar hierba.

Como la creían algo loca, la dejaban hacer casi todo lo que quería. En breve fué un tirano de su pequeño círculo. Rosina era la primera á quien consultaban el viérnes para saber si el paseo se haría á las Aguas Dulces de Asia ó al Tchamlidja. Fatma-Khannum, una jóven de la familia, muy vo-



8. Adorno para el cuello y puños núms. 6 y 7.

luntariosa y casi de la misma edad, opinaba siempre contra Rosina; de modo que había entre las jóvenes dos partidos con un jefe cada uno.

—Beys, voy á Tchamlidja, decía Fatma sacudiendo su falda de seda de color de rosa bajo la túnica de muselina bordada que la cubría, al par que echaba sobre su rival una mirada de superioridad.

—Y yo, Beys, voy á Gucuk Son (las Aguas Dulces), replicaba Rosina con no ménos énfasis, y, si



6 y 7. Cuello y puños adornados con cuadrados de la tela. (Véase el núm. 8.)

quereis, podeis venir conmigo en el coche.

Aquí, otra bey, impetuosa y encantadora jóven, tomó la palabra:

—Si, Rosina; adonde queráis; mi lollah y yo nos encargaremos de vos.

—Y yo también iré, exclamaban otras dos ó tres beys.

En vista de lo cual, gran clamoreo de Fatma y de sus adherentes. En general, las fuerzas se dividían en dos grupos casi iguales; pero se reservaba un coche especial para Rosina, que iba á las Aguas Dulces, como lo había dicho.

Rosina era tal vez la sola esclava que se manifestase independiente de la *khanum-effendi*. En el momento en que escribo creo verla aún delgada, los hombros salientes, con su rostro ovalado rodeado de largos cabellos flotantes y sus grandes ojos color de avellana, semiserios, semiburlones, mirando á todas partes á un tiempo. Me dicen que es siempre lo mismo que yo la conocí, caprichosa é

indisciplinada. Como pertenecía á la clase de frances y estaba dotada de una grande inteligencia, es de suponer que será un



12. Vestido para salón.

opinaba
abia en-
efe cada

atma sa-
osa bajo
cubria,
irada de

Y yo,
, voy á
uk Son
Aguas
(es), re-
aba Ro-
a con no
os énf-
a, y, si

el coche.
y encan-

ais ; mi
e vos.
an otras

moreo de
general,
s grupos
un coche
as Aguas


lava que
e la kha-
ada, los
flotantes
s, semi-
Me dicen
richosa é
disciplina-
omo per-
ia á la
de fran-
y estaba
ada de
grande
ligencia,
suponer
será un



1276

EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras
Plaza de Isabel 2.^a, II Madrid.

Ayuntamiento de Madrid



personaje e
que todo lo
turcas de
harem de
reclusion e
mujeres má
del sultan
guna europ
más allá de
ces era la s





15. Peinado Cloris.

personaje eminente en su círculo. Importa hacer observar que todo lo que he dicho sobre la vida de las mujeres turcas de diversas categorías no se refiere más que al harem de un gran bajá. En los palacios imperiales la reclusion es mucho más estricta, y la existencia de las mujeres más monótona. A lo menos era así en el reinado del sultan Abdul-Aziz. No se toleraba la visita de ninguna europea; las vendedoras judías no podían penetrar más allá de los patios exteriores. Un paseo á Aguas Dulces era la sola distraccion otorgada de vez en cuando á

las principales *kadens* y á su comitiva. El solo suceso que alterase esta regularidad uniforme, era la introduccion de una hornada de tres ó cuatro esclavas nuevas, ofrecidas al sultan por su madre ó sus hermanas con motivo de alguna fiesta religiosa ó solemnidad de cumpleaños. Los harems imperiales se encuentran á veces rebosando á causa de estas ofrendas gratuitas. Sucede entonces que las esclavas que han dejado de agradar al sultan ceden su casa y sus joyas á las recién llegadas, y son casadas con algun oficial subalterno que no puede rechazar la alianza temiendo perder su empleo.



17. Cuello fichú



16. Peinado Duquesa.

Lo que más me ha sorprendido en mis observaciones sobre la vida del harem, es la represion constante de todo sentimiento exterior de las esclavas cuando están en presencia del ama. Ejercen un imperio tal sobre sí mismas, que por momentos es imposible leer en su fisonomía ó en sus ojos lo que pasa en su alma. Esta facultad es una salvaguardia que las circunstancias parecen justificar en ciertos casos. Una vez separada de su ama, la esclava, entre sus semejantes, arroja la máscara y da libre salida á su genio natural. Así es



18 á 22. TRAJES PARA VISITAS Y PASEO.

18. Vestido Princesa.

19. Abrigo cubre-pollo.

20. Vestido breton.

21. Vestido para niña.

que la misma persona se me mostraba á la observacion en diversas horas del día, en las diferentes fases de su modo de ser. Con frecuencia, una que habia visto solemne, importante y minuciosa en presencia de la *kanam-effendi*, me aparecia despues, en un momento de loca jovialidad, entregándose á todo género de niñerías, sin inquietarse de sus deberes, mientras que las jóvenes esclavas confiadas á su direccion, esperaban sus órdenes.

En lo relativo al tono que reina en el harem, parece casi en absoluto fijado por la etiqueta: pero como punto de hecho, la tranquilidad, el reposo, la carencia de prisa constituyen la obligacion dominante de la esclava; mantener el cuerpo en estado de quietud, á fin de que el ánimo esté en su equilibrio perfecto, tal es, en resumen, el código del harem. Una musulmana bien educada, «ortodoxa», se penetra de este principio; sabe que el motivo de su reclusion es sustraerla á las impresiones del exterior, para mantenerla mejor bajo la influencia del solo espíritu masculino cuya ley debe seguir. Existe en Turquía un hogar mahometano en el que he visto reinar este sentimiento de un modo conmovedor. El amo de la casa, Ahmed-Wefik-Effendi, es conocido en la sociedad europea de Constantinopla, no sólo como un «buen viejo turco» muy honorable y de costumbres muy corteses, sino como un sabio de primer orden que posee en su casa, en la orilla europea del Bósforo, una biblioteca compuesta de las mejores obras escritas en todas las lenguas europeas y orientales. Ahmed-Wefik-Effendi es, además, un hombre dotado de gran raciocinio y probidad á toda prueba, lo que no le impide que en ciertas cosas sea, como lo he dicho, un obstinado musulmán, con todas las preocupaciones, afecciones y antipatías de los turcos de la antigua escuela. Los abusos que pululan en Turquía no tienen enemigo más encarnizado. Cuando era gobernador de no sé qué provincia, un pobre hombre se le fué á quejar de no poder obtener el pago de una deuda contraída con él por un bajá de las cercanías. El Effendi le prometió satisfaccion. Convidó á almorzar al deudor recalcitrante y le dió un opiparo banquete. Cuando llegó el momento de retirarse, el bajá mandó á pedir su coche y Ahmed-Wefik le dijo:

—Temo que hayais dado una orden inútil.

—¿Cómo? exclamó el bajá; ¿los perros de mis esclavos se negarian á obedecerme?

—Bajá Effendi, replicó el gobernador, no son vuestros servidores los que están en falta; soy yo quien ha mandado que vuestro coche y vuestros caballos se vendan en el Encanto para pagar una cuenta que debéis hacer tiempo. Siento que os tengais que volver á pié.

Este ejemplo de justicia sumaria fué citado mucho despues entre los bajás de Estambul. Semejante firmeza no entraba en su sistema, y sin duda á causa de esto se han confiado raramente los puestos importantes al Effendi en cuestion. Durante algun tiempo ha ejercido funciones que se rozaban con el departamento de aduanas; pero todos los esfuerzos de su honradez no han podido extirpar de esta administracion la llaga de la especulacion, una de las más asquerosas y profundas que corroen el seno de la Turquía.

Despues de haber trabajado inútilmente en la reforma de las aduanas, Ahmed-Wefik-Effendi fué ministro de Instruccion pública, pero sólo algunos meses. Era sin duda muy avanzado para sus correligionarios, que en general siguen creyendo que el sol gira alrededor de la tierra. Durante su administracion trató de favorecer la fundacion de escuelas industriales mixtas y clases de dibujo para las mujeres.

Pero volvamos al hogar de que he hablado, y es el de Ahmed-Wefik-Effendi. Su casa es una de las rarisimas habitaciones turcas en las que existe realmente un hogar, lo que se llama en inglés el *home*. La familia se compone del Effendi, de su única esposa, de su anciana madre, de tres ó cuatro hijas y otros tantos varones. Reina entre todas estas personas un acuerdo perfecto. El padre y la madre no dejan de consultarse sobre todo lo que repecta al bienestar y á la direccion moral de sus hijos. Las hijas son jóvenes encantadoras, siempre alegres, sonrientes, felices, sin conocer la ociosidad y muy hábiles en las pequeñas labores de mujer. Fabrican la gasa, bordan pañuelos ó bandas de seda de color, hacen una infinidad de esos lindos adornos armenios llamados *oyiakh*, que parecen guirnalda de flores; bordan tambien con hilillo de oro y pequeñas placas de metal esas largas servilletas de mesa (*saffrates*) que la *saffradjee* (mayordoma) lleva en el brazo izquierdo cuando va á anunciar que es hora de lavarse las manos antes de la comida.

Las hijas del Effendi no descuidan tampoco los más humildes trabajos de aguja. Además de estas ocupaciones, aprenden á leer y escribir el turco y el frances, pintan á la aguada flores y paisajes. Este último ejercicio constituye una gran innovacion en las costumbres turcas, en vista de que toda representacion de los objetos naturales se considera por los musulmanes como una

violacion del segundo mandamiento; por esto las bellas artes se hallan tan descuidadas entre ellos. Sin poder enumerar todos los conocimientos de estas jóvenes musulmanas, creo que tienen un barniz de la poesia indigena, y que, á semejanza de las señoras de su rango, cultivan bastante la música para saber tocar los instrumentos usados en el país: el *ood*, el *kanoon* y el *tar* (el laud, el tímpano y el tamboril). Debo añadir tambien que son buenas mujeres de su casa y no se sonrojan de confesar que confeccionan tal plato ó tal dulzura. La *helwa*, delicioso dulce que se asemeja á cristal hilado, es una de las golosinas que ofrecen de preferencia á los extranjeros. Hay que citar tambien el *mahladse*, especie de *pudding* de arroz delicadamente perfumado, que se sirve frio. En una palabra, practican los deberes de la hospitalidad con una gracia y una solicitud infatigables.

Este interior, tal como lo he descrito, es el verdadero tipo de las antiguas familias turcas de cierto rango, que, segun las leyes de su religion, viven en la sencillez, lejos de toda intriga ni daño moral. Se podrian citar varios otros casos en Estambul y en las orillas del Bósforo.

Las dos causas que parecen destruir toda esperanza de progreso moral para las clases medias y poco cultivadas, son el aislamiento de los sexos y la completa sujecion de las mujeres. Mientras que los hijos, hembras y varones, estén confiados en los primeros años á los hombres solos; mientras que las jóvenes de diez á diez y seis años estén sistemáticamente alejadas de los hombres que hasta entonces las han criado, y no tengan más distracciones que pasar largas horas detras de las ventanas enrejadas; mientras que los jóvenes usarán de las *qurjees* para examinar una joven antes de hacerla su mujer, lo mismo que en Inglaterra se examina un caballo antes de comprarlo; mientras que las cosas seguirán así, digo, la Turquía no se levantará de su degradacion moral; los hombres permanecerán en estado de brutos; las mujeres serán lo que son en general, ignorantes, vanas, verdaderas muñecas servidas por esa miserable clase de esclavas que mantienen los celos y la dureza en las mujeres, y en los hombres la sensualidad y el egoismo.

Mujeres turcas me han asegurado que el Koran no prescribe la reclusion de la mujer. Para que la Turquía se regenere, es preciso que los dos sexos no estén separados en su educacion; es preciso que reciban juntos una educacion moral. Así podrán adquirir el uno sobre el otro una saludable influencia; así aprenderán á conocer las ventajas de sus mútuas relaciones, y serán extirpados los males que resultan de su separacion. Estos males, seguramente, no son impuestos por la ley de Mahoma, y algunos buenos turcos desean verlo cambiar. Los musulmanes tendrán que rechazar muchas costumbres que no tienen más que por tradicion, antes de apreciar la vida de familia tal como se practica en Occidente, con su sencillez y sus restricciones morales, que no excluyen la libertad de accion. El barniz de la civilizacion europea, de que se cubren, no hace más que agravar su corrupcion moral. Será siempre así hasta que comprendan que los principios que rigen en la sociedad cristiana de Europa son, para la virtud de las mujeres, garantías más sólidas que los velos, las verjas y las puertas custodiadas por los eunuocos.

A. V. (F. E. A. CORNHILL MAGAZINE.)

CILA

LEYENDA.

Á MI QUERIDÍSIMA AMIGA DOÑA ÁNGELA GRASSI.

(Continuacion)

Y sin separar los ojos del espejo, cubrió su derecho brazo con el negro *mingot* de fino punto, atando, con ayuda de sus diminutos dientes, el negro liston que lo sujetaba al codo, y cuyos sueltos cabos publicaban la ausencia de la ancha hebilla de plata, la preciada joya por la que tanto suspiran las payesitas casaderas, y que con satisfaccion orgullosa ostentan aquellas que han trocado el modesto nombre de *nina* por el pomposo y envidiable título de *mestresa* (amade casa). Dichosa alhaja, casi de tanto valor moral como el anillo de matrimonio, que ruborosa y trémula de emocion acepta la tímida doncella de manos del prometido esposo, ansiando el día de ceñirla á su brazo, porque será aquel en el cual, en la santa iglesia donde fué bautizada é hizo su comunión primera, ante la misma imagen quizás confidente de sus penas de niña y sus emociones de joven, pronuncie el solemne juramento, que para siempre la liene al elegido de su corazon, quien, con el propio juramento, se obliga por su parte á sostenerla y ampararla con sus fuerzas y su cariño: alhaja, finalmente, por la cual la casta esposa habla á los atrevidos galanes para decirles: «Desviad de mí las miradas; mi corazon y mi persona ya tienen dueño.»

Algo de esto debió pensar, ó envidiar más bien, la he-

chicera Cila, porque separó los ojos con disgusto del desairado brazo.

—Y ¿adónde va tan engalanada la hermosa niña? preguntó Arnau, dominando su emocion por segunda vez.

—A Figueras, contestó ésta, sin soltar de entre sus dientes la cinta del segundo *mingot*.

—¿Es feria? preguntó el noble al payés.

—La santa romería á Requesens, señor, respondió el anciano.

—Pero á esa romería tengo entendido que no van mujeres, observó Arnau dirigiéndose á la payesa.

Mas, tan atareada se hallaba ésta en formar el lacito que habia de sustituir á la envidiable hebilla, que no se dignó responder. Por cuyo motivo opinó el travieso Met que á él le tocaba hacer sus veces; y despues de dirigir una temerosa mirada al severo anciano, repuso:

—No van mujeres, pero van hombres, hijos del Ampurdan, gallardos y espléndidos como príncipes, seductores como su tierra, alegres como su cielo azul, en el que, apenas se forma una nube, sopla la tramontana, y zás, se la lleva bramando, hasta dejarlo más terso que un espejo. Pocas leguas nos separan, continuó el niño con creciente entusiasmo, y no parece sino que aquella es otra parte del mundo. Allí se dice todo lo que se siente; allí se dá ensanche al corazon; nó como aquí, que no hacemos otra cosa que derretirnos, sin decir esta boca es mía. Pues ¿y á los forasteros? se los comen á fiestas; mientras que nosotros no sabemos más que brindarles el pan y el porron, con muy buena voluntad, eso sí, pero con las ménos palabras posibles. Cuatro veces tan sólo he estado en Figueras....

—Y con éas has tenido de sobra para que se te haya pegado la labia de sus vecinos, interrumpió el caballero con tono adusto.

—Todo puede ser, señor, afirmó el muchacho; y continuó de esta manera: Pues, como iba diciendo, sólo cuatro veces he estado allí, y tan prendado quedé de la villa y sus habitantes, que, si algun día me pierdo, no hay qué decir dónde iré á parar.

—Poco apego tienes á las montañas que te han visto nacer, dijo con severidad el caballero.

—Mucho, señor, mucho, contestó el muchacho con exaltacion: he leído que existen ciudades populosas, imperio del saber y la grandeza; pero yo no cambiara por ellas mi hermoso valle, esmaltado de fuentes y coronado de rocas: sé que hay un mar majestuoso é inmenso como el poder de Dios, terrible á veces é irritado como su justicia; sé que por él surcan gentiles y soberbias embarcaciones que llevan á Indias, donde se recoge el oro como aquí las violetas y los lentiscos; pero yo prefiero mi risueño Fluviá, con su margen bordada de flores y sus ondas serenas y transparentes: tampoco ignoro que hay monumentos en el mundo, obras portentosas que dan testimonio del talento humano; pero yo no quiero ver nada de eso, porque á mi corazon le basta y satisface la santa capilla del Tura; ella brilla á mis ojos, hermosa, rica y engalanada como el templo de Salomón, pues guarda en su sagrado recinto un milagroso é inestimable trasunto del Arca bendita, del Arca Santa de la Alianza, encerrado en la cual habitó nueve meses el Redentor de los hombres.

Met se detuvo; los generosos sentimientos que exaltaban su mente inflamaban su expresivo semblante y hacian latir violentamente su corazon.

Francesch le escuchaba orgulloso y enternecido; el mismo Arnau, depuesto su ceño, le contemplaba con amistosa sonrisa; sólo Cila continuaba absorta en su tarea de mirarse al espejo.

Pero Met, aunque locuaz y decididor, no hablaba nunca sin deliberado propósito; y si bien el amor patrio, sentimiento innato en todo corazon generoso, y el delirio que los hijos de aquella comarca sienten por su esclarecida Patrona, habíanle apartado de su primitiva idea, no se olvidó de ella el travieso niño; por lo cual, acallando la voz de su entusiasmo, continuó con incisivo acento:

—Pero el amor que yo puedo tener á mi valle, y mi río, y mi Santísima Virgen del Tura, no obsta para que admire y ensalce aquello que de alabanza sea digno, donde quiera que lo halle; por lo tanto, declaro que es ingrato y mal nacido el hombre que llega á olvidar el comportamiento de aquella tierra agasajadora y hospitalaria: así como, de la mujer que pone allí los pies y siente su corazon arrullado por las melosas frases de los galanes ampurdaneses y se lo vuelve enterito á casa, afirmo que lo tiene más duro que el yunque, y más frio que las cimas del Canigó.

—Met, ordenó Francesch, prepara el carro y engancha á Matutina, que se hace tarde.

El niño marchó á obedecer á su padre, dirigiendo al soslayo una picaresca y maliciosa mirada al caballero, quien oprimia con ambas manos su pecho, cual si las últimas palabras del muchacho hubieran sido el pasador agudo que atravesara su corazon.

Cila dirigió una última y vanidosa mirada al espejo, y, satisfecha al fin de contemplar su persona, siguió á su hermano adoptivo.

Matutina era una honrada mula, que así tiraba del carro como araba la tierra, ó bien llevaba á los mercados de Olot y Besalú repletos sacos de trigo.

Una vez dispuesto el carro, acomodóse el payés lo mejor que pudo; pero cuando Cila fué á poner el pié en el improvisado estribo, el caballero le ofreció la mano. La niña no pareció envanecerse por aquella distinción, y aceptó con la mayor naturalidad la noble diestra cubierta de ricas joyas, sin que notara la apasionada presión que imprimió en la suya, ni acertara á ver la ardiente mirada de que fué seguída; únicamente fijó sus bellos ojos en la brillante pedrería, primero con infantil complacencia, en seguida con ávida curiosidad...

Subido que hubo en el carro, pasó la mano por la frente, apartando los encendidos lazos que la cubrían. Diríase que el brillo de las preciosas alhajas había empañado su tersura. Pero, reponiéndose al instante, significó á Met con un pellizco que podía arrear á Matutina.

Arnau contempló el carro cómo se alejaba camino de Besalú, hasta que desapareció á sus ojos.

Estremeciéndose súbitamente en aquel punto, cual si se recobrara de un largo sueño, y

—¡La amo! exclamó, llevando ambas manos á la boca para contener aquel grito que exhaló su pecho como un sollozo, y las montañas repitieron como un bronco y lúgubre lamento.

Leal, asustado, aulló por tres veces seguidas.

El caballero, sobrecogido de profundo espanto, giró la azorada vista en torno suyo.

El sol se había ocultado tras una nube que extendía sus negras alas sobre la villa de Olot, como un ave agorera próxima á lanzarse sobre su víctima. La campana del santuario del Tura empezó á tocar á muerto.

Arnau tuvo miedo; era indudable que en todo aquello había algo siniestro y aterrador. El noble señor tuvo miedo, solo en aquella planicie, entre el desierto caserío y las negras montañas, sin que escuchara otro rumor que los lastimeros aullidos de su perro y el doblar de la campana, que, como un eco de sus palabras, extendíase fatidicamente por la campiña...

Arnau, pálido, trémulo, con el corazón palpitante, corrió á buscar el ameno senderito por donde vino, y vió la gentil dalia, burladora de sus deseos, mecérse provocativa y galana, y contempló desiertos los olivos donde anidaron las fugitivas palomas. Llegado que hubo á la verde pradera, un relincho de su noble caballo alegró sus oídos, calmando en parte su extraña exaltación. Apagóse el sonido de la campana, al tiempo que un rayo de sol, vencedor del obstáculo que impedía su paso, iluminaba con sus dorados reflejos el risueño y encantador panorama que se extendía ante su vista.

El caballero montó en su alazán, y siguiendo la verita del río tomó el camino de la Farga.

Y las claras ondas que retrataban su apostura decíanle que era bizarro y galán; y la sangre de sus venas le gritaba que era noble y poderoso; y los latidos de su corazón le decían que era amante, generoso y bueno. Mientras que las flores que hollaban los ferrados callos de su corcel enviábanle, con su último suspiro, esencias embriagadoras, y los alegres pajarillos, entonando á su paso el himno generador de la esperanza, arrullaban en blando y amoroso deliquio al enamorado caballero.

(Se continuará.)

AURORA LISTA.

CONVERSACIONES FAMILIARES.

II.

DE LAS DIVERSIONES.

Amables y bellas lectoras: bonito título para escribir un alegre artículo, diciendo algo nuevo de la animación que tiene este año el bullicioso Madrid. No quiero convertir estos renglones en diseños ó perfiles de lo divertido que es para el sexo barbudo contemplar en un baile de toda etiqueta á señoras formales y angelicales señoritas luciendo respectivamente porciones desnudas y ornamentales del bello sexo, á quien obliga cierta moda exigente y tirana á que luzcan más de lo regular, unas sus rollizos brazos y escotes, y otras los espirituales cuerpos y sutiles brazos. Mucho nos felicitáramos de ver reemplazados los lindísimos y elegantes figurines que publica EL CORREO DE LA MODA y demas periódicos análogos, por otros trajes para sociedad y baile, más en armonía con el recato de formas que especialmente debe guardar la mujer, lo cual no impediría que fueran muy

bien vestidas y se presentaran con todos los encantos que sabe tener siempre toda mujer buena, hermosa y de talento. Mas no se trata ahora de pronunciar inútiles sermones, y sólo sí de tapar convenientemente en la buena sociedad los escotes que son habituales en las pintarrajeadas bailarinas de teatros y cafés cantantes.

Pues señor (y no va de cuento), por diversion se entiende toda clase de invenciones más ó ménos santas ó diabólicas, dedicadas á recrear y distraer el ánimo y solazar placenteramente el corazón.

Allá, en los tiempos primitivos, y cuando nuestro padre Adán y su apreciable señora Eva (la cual iba escotada de piés á cabeza, y por lo tanto no gastó sombrero, lazos ni pamelas) extasiaban su alma con la magnífica contemplación de las maravillas contenidas en el Paraíso terrenal, sabemos que pronto se les concluyó tan amena diversion por causa de la píldora que en forma de manzana les hizo tomar la pícaro serpiente. Desde entónces á los tiempos que alcanzamos, se ha distraído la humanidad con infinitas diversiones en toda clase de juegos, fiestas, bromas, sandeces, tonterías, regocijos, paseos, giras campestres, espectáculos, conciertos y bailes cuya descripción es larga de contar.

La diversion ó distracción agradable del ánimo es casi una necesidad moral de nuestro sér; porque los momentos que dedicamos á contemplar una bella criatura, ó atrae nuestras miradas una hermosa estatua, cuadro ó monumento; ó ya cuando nos deleita la audición de inspirada música, ó una comedia salpicada de buenos y cultos chistes, observamos que se modifican con placer nuestras ideas y adquirimos de nuevo fuerzas y ánimo suficiente para continuar el trabajo diario é indispensable de la vida, ganando honradamente el *panem nostrum quotidianum*.

Mas noto, apreciable lectora, que te divierte poco verme elevado á tan altas consideraciones: descendamos de ellas, ó mejor dicho, permíteme manifieste lo que observo en tu predilecta diversion del baile. ¡Cuántas, cuántas veces absorto.... contemplaba tu hermosa presencia al brincar una polka, ó girar con vértigo fascinador el lindo calzado, precioso vestido y aéreos bucles, tirabuzones, crepés, etc., etc., cual ligera y tenue hoja que impulsa veloz torbellino!.... No digo nada tampoco, cuando, sin aliento casi, soltabas tu esbelta cintura, y tu conmovido cuerpo descansaba en blanda silla ó confidente.... ¿no es cierto que entónces dirigías desvanecida tus hermosos ojos á todos lados, indicando así la fatiga y el cansancio que tanta diversion producía en tus sacudidos miembros y alma?

No vayas á creer que desapruero en absoluto la moderada distracción en reuniones, teatros y *lés danzantes*; porque sabes vivo con el siglo y no soy un *ente rancio*, de esos que llevan siempre torcido el gesto, oponiéndose tenazmente á las cosas razonables: ya sé que las muchachas queréis divertirnos mucho, y hacéis bien.... hasta cierto punto; pero cuidadito con empezar la diversion ó juego del amor, oyendo con embeleso y sin discreción alguna al barbilampiño, *titere, sietemesino ó gomoso*, que se acerque á vuestro lado con air: atrevido, si es poeta en agraz, para que sepais, en coplas de ciego, que está *idem de amor*, y su corazón devorado por ardiente afecto.... Además, suele haber pollo tan atolondrado, que si es cadete, no duda que *amando mucho* llegará pronto á capitán general; y si fué monaguillo, aspira por lo ménos á que algun obispo le dé la bendición nupcial.

En fin, mucho podría escribir en el asunto, pues de algo sirve conocer las distintas fases ó períodos de la vida social, y resumiré diciendo: que los niños deslizan sus primeros años divirtiéndose con los juegos del peon, marro, toro y soldados, y que desde entónces viene la afición que tenemos los españoles á *sacudirnos la badana para desfogar el calor de nuestra hirviente sangre meridional*.

Las niñas (pequeñitas) jugais á las muñecas (y más tarde con los muñecos); saltais con inimitable gracia á la comba, jugais á los aros, al corro, etc., y tambien desde entónces se dibuja en vuestros puros labios la pri-

mera encantadora sonrisa viendo al revoltoso niño que desea danzar en vuestras diversiones.

La juventud pasa el tiempo en gratas esperanzas ó tristes desengaños, haciendo y deshaciendo el amor, lo cual no deja de ser una bonita ó peligrosa diversion, y mucho más siendo á gusto de ambas partes contratantes ó querellantes.

Llega el juicio á tomar asiento en el alma, y el verdadero amor su domicilio en el sagrado matrimonio: ¡qué diversion, qué placer, qué santa alegría experimenta la buena madre con el solícito cuidado de los hijos adorados de su alma! Y tambien el padre cariñoso, ¡cómo goza viendo los excelentes resultados que le dan sus desvelos por la felicidad de los hijos, cuando éstos son bien educados, laboriosos y de buenas costumbres, y tienen además á sus amantes padres franco cariño y respeto sincero!

Por último, viene la respetable senectud, y con ella el placer de jugar al tresillo, saborear la jícara de chocolate y recordar sus aventuras al calorito del brasero en las noches del invierno, y en el verano, paladeando el refresco de limón ó la fresca horchata de chufas. Hé aquí el porvenir que se nos prepara si llegamos á cumplir sesenta y pico de añitos.

Mientras tanto, seguirán las diversiones volviendo locos á medio mundo, para que la otra mitad se ria de los primeros, y vice-versa, los unos de los otros en todo tiempo y lugar.

El exceso de diversiones y placeres ocasiona el hastío, y por eso conviene gozar mejor con el honrado trabajo, acompañado de buena suerte en los negocios y empresas útiles para la humanidad.

Á los piés de ustedes, mis amables lectoras; y si no les ha divertido la pesada broma de este poco ameno artículo, dispensen su benevolencia al artista que deja por un rato sus instrumentos profesionales y dedica al bello sexo monumentos á su virtud y buenas cualidades morales.

MIGUEL MARTINEZ GINESTA.

Soluciones á las charadas que aparecieron en el número 27 de EL CORREO, correspondiente al 18 de Julio, por las Sras. Doña Mariana de Rada y Diaz Pimienta, de Quintanar de la órden; Doña Teresa Batlle de Peydro, de Almería; Doña Eugenia Satorres, de Pamplona; Doña Luisa Juiles, de Cartagena; Doña Vicenta Guzman, de Mércia; Doña Clotilde Berhayas, de Alicante; Doña Juana Marin de Bueno, de Calahorra; Doña Baudilia C. de Cabia, de Búrgos; y los Sres. D. Gregorio Fuentes, de Santander; D. Luis Prades, de Lugo; D. Manuel Dicenta, de la Coruña, y D. Carlos Vila, de Badajoz.

I.
RELAMIDO.

II.
NOVELA.

III.
ZARAGOZA.

CHARADAS.

I.

Guárdate de tres y prima,
Si es que lo está con furor,
Porque puede darte un susto
Aunque inspire compasión.

No vayas á dos y prima
Jamás en expedición,
Que es comarca muy lejana
Y abrasadora región.

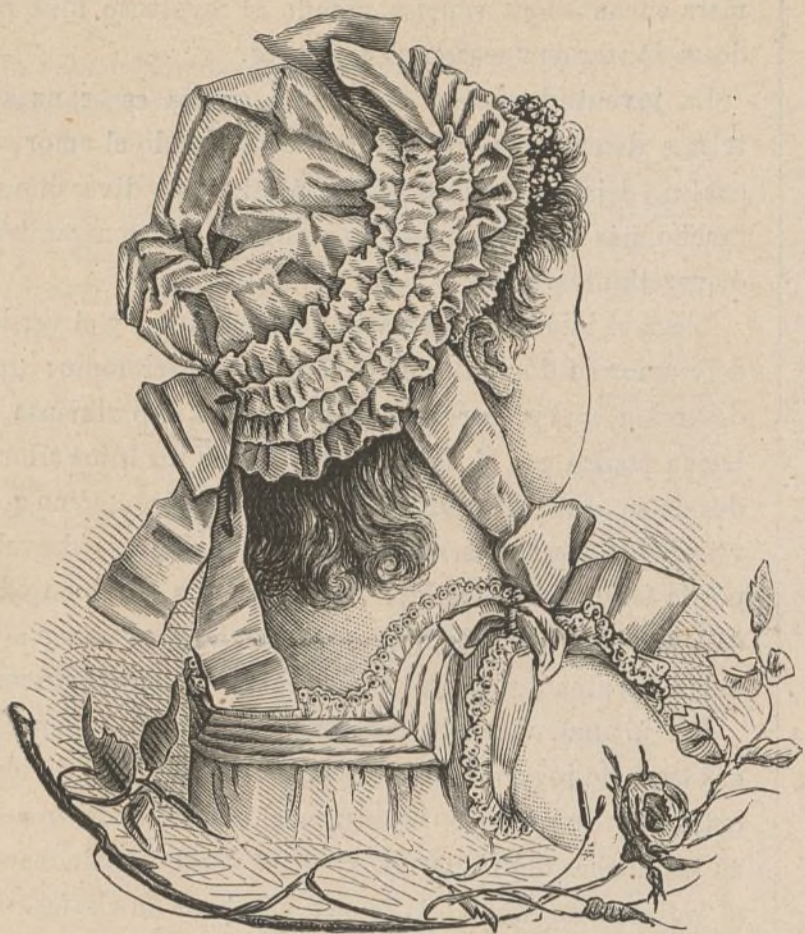
Y por fin, nunca te fies
De un señorito guason,
Que aun en broma te dé el todo,
Sirviendo de diversion.

JOAQUIN RAMA.

II.

Al alfabeto español
Pertenece mi primera,
Como tambien prima y cuarta,
Y cuarta sola, pues ésta,
Que no acostumbra á estar sola,
Se compone de dos letras.
Tercera y cuarta se forma
Con agua y polvo ó arena.
La tercera repetida
De la serpiente, envenena,
Y de la raza canina
Huye cuando esté con ella.
En los ojos de una niña
Qué están diciendo ¡canela!
Está el color de mi todo
Que es negro como mis penas.

JOSÉ PURKISS.



23. Sombrero de faya para niña.

SECRETOS ÚTILES.

En el campo es fácil que ocurran accidentes por casualidad ó imprevision, debidos á la picadura de insectos venenosos, y no siempre es fácil hallar prontamente un médico que los cure.

Hé aquí el modo de proceder en los primeros momentos:

Lo primero que debe hacerse, sin perder tiempo, es lavar la herida y comprimirla para que sangre cuanto sea posible, aplicando en seguida compresas empapadas en álcali volátil diluido en diez ó doce veces su peso de agua.

También el enfermo debe mascar aprisa raíz de aristoloquia, que debe tenerse siempre prevenida, y tomar infusiones de yerbas sudoríficas y diuréticas, de la misma raíz de aristoloquia, flores de borraja, malvas, amapolas, raíz de escorzonera, grama, caña y esparraguera, con algunas gotas de álcali volátil.

Si la herida se inflamase y se produjese fiebre, la

sangría del brazo, sanguijuelas sobre la parte, y dieta rigurosa, son de toda necesidad.

Las picaduras de las abejas, avispa y hormigas producen inflamacion y dolores vivos que comprometerian la vida del paciente si fuesen numerosas.

Se procurará, ante todo, extraer el aguijon; mas si no fuera posible por la inflamacion ó por el número, se aplicará jaboncillo amoniacal, ó sea álcali volátil, mezclado con dos tantos de aceite comun. A falta de álcali, se hace una papilla con jabon raspado y greda ó cualquier barro y vinagre. Un poco de aceite de tártaro, y á falta de todo, aceite y miel batidos, producen un buen efecto.

Para la picadura de avispa se moja dos ó tres veces la herida con un trapo empapado en álcali volátil, pues el líquido, penetrando en el fondo de la picadura, destruirá el veneno.

Si no hay álcali volátil, se emplea agua de jabon, agua de cal ó salada: si tambien faltan estas sustancias, frótese la parte herida con una planta aromática cualquiera. Se arranca despues suavemente el aguijon y se coloca encima una compresa de agua salada.



24. Sombrero de paja para niña.

contenidas las mejores y más inspiradas poesías del autor, al que enviamos nuestra más sincera y calurosa enhorabuena.

Las bellas *Fábulas en accion*, de Teodoro Guerrero, que hace poco aparecieron, segun saben nuestros lectores, formando una notable coleccion de comeditas, se abren camino, pues no solo las han adoptado algunos maestros para lectura del diálogo en verso, sino que en los salones y en los colegios se van á representar.

Las alumnas del colegio de Ursulinas de Madrid están ensayando la fábula *El valor del tiempo*, que es un cuadro animadísimo, lleno de primores literarios, que encierra además una gran enseñanza, resolviendo el difícil problema de ser útil y agradable al propio tiempo.

En breve aparecerá tambien la segunda edicion de la novela del mismo autor, *Los Mártires del amor*, que ha obtenido aceptacion inmensa.



5. Vestido para paseo.

Explicacion del figurin 1.276.

FIG. 1.^a *Traje de verano para niña de 4 á 6 años.*—Vestido-funda de tafetan rosa, á plaston por delante como los vestidos bretones; por detras la espalda llega hasta media falda, y por debajo de ella salen lazadas de cinta de puntas desfilcadas. Un galon rosa bordado con negro sirve de adorno. Sombrero de paja de Italia con plumas blancas y lazos rosa. Este lindo traje puede hacerse de piqué blanco, cachemir ó linon.

FIG. 2.^a *Traje para casa.*—Bata género breton, de linon verde agua, muy claro. El plaston va plegado. El adorno consiste en entredoses de Valenciennes, ó galones bordados, y botones de la forma de sequines, de nácar azul.

Toquilla de muselina, guarnecida de Valenciennes, Cluny, y cinta maíz.

FIG. 3.^a *Traje de casino.*—Puede hacerse este traje de todos los colores de foulard ó faya. Los paños de delante están tableados; la cola lleva un volante ruche puesto por la parte interior. Cuerpo-frac cuyas aldetas están cortadas en los costados. Echarpe de gasa con laminitas de oro y fleco al canto, que cruza delante y desciende de atras sobre la cola. Fichú igual, recogido graciosamente en el pecho por un ramito de rosas; guirnalda de rosas y hojas en el peinado; pulseras y medallon de oro; guantes blancos.

El distinguido literato Sr. Sañudo Autran acaba de poner á la venta un precioso libro de poesías titulado *Nebúlas*, de cuya próxima aparicion ya dimos cuenta á nuestros lectores.

Forma un elegante volumen, en el que se hallan



26. Traje para jovencita.



27. Traje para jovencita.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.^a, 2.^a y 4.^a Edicion, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO, y las de 1.^a, 3.^a y 4.^a, el pliego de dibujos para bordados.

Administracion, Plaza de Isabel II, núm. 2.

Tip. de Gregorio Estrada, Doctor Fourquet (antes Hiedra), 7.

Editor propietario: Carlos Grassi.

CORREO DE LA MODA.

2 de Agosto de 1877

Derecho

Patrón de un fichú de encaje y murelón.

Núm. 1.—Mitad del fichú. Las líneas transversales indican la dirección en que va colocado el entredós que lo constituye y que puede ser más ó ménos ancho, según el gusto de cada uno. Entre los entredós pueden ponerse una cinta de color, tiras de muselina ó ful grandina negra ó del color del traje. Nuestro modelo es todo blanco.

Núm. 2.—Ornato del fichú terminado.

Núm. 3.—Mitad de un gran abecedario para sábanas y mantiles; festón y punto de armas, ó bien solo festón.

Núm. 4.—Modelo para traje de baño. Está destinado para tomar baños fríos, y es de anascofó gris, orillados los picos y guarnecido todo él de trenillas ó galones amarillos. La blusa va ceñida del tallo por medio de un cordón, y cierra como los trajes bretones sobre un costado del plastrón. Pantalón terminado en picos y fruncido como la blusa. Zapato sujeto con cintas cruzadas amarillas que suben hasta media pierna. Coña redonda de gutapercha.

Letras y cifras para ropa blanca.

Reves.

DIRECCIONES PARA BORDADOS.

Núm. 5.—Grande abecedario para sábanas y mantiles.—Creemos complacer á nuestros suscritores dándoles este nuevo abecedario cuyas letras pueden ser fácilmente entrelazadas. En este caso las aconsejamos que elijan un color de algodón para cada letra, por ejemplo la una encarnada y la otra azul, ó la una azul y la otra blanca, porque así aparecerán más claras.

Núm. 6.—Lindísimo de aplicación. La figura marcada de puntos es de terciopelo negro; la marcada con puntos más pequeños, de paño encarnado oscuro sobre fondo gris. Se bordan las líneas con tren-cilla de oro, y los bodeques al pasado con seda azul.

Núm. 7.—Mitad de un cuello de encaje irlandés.

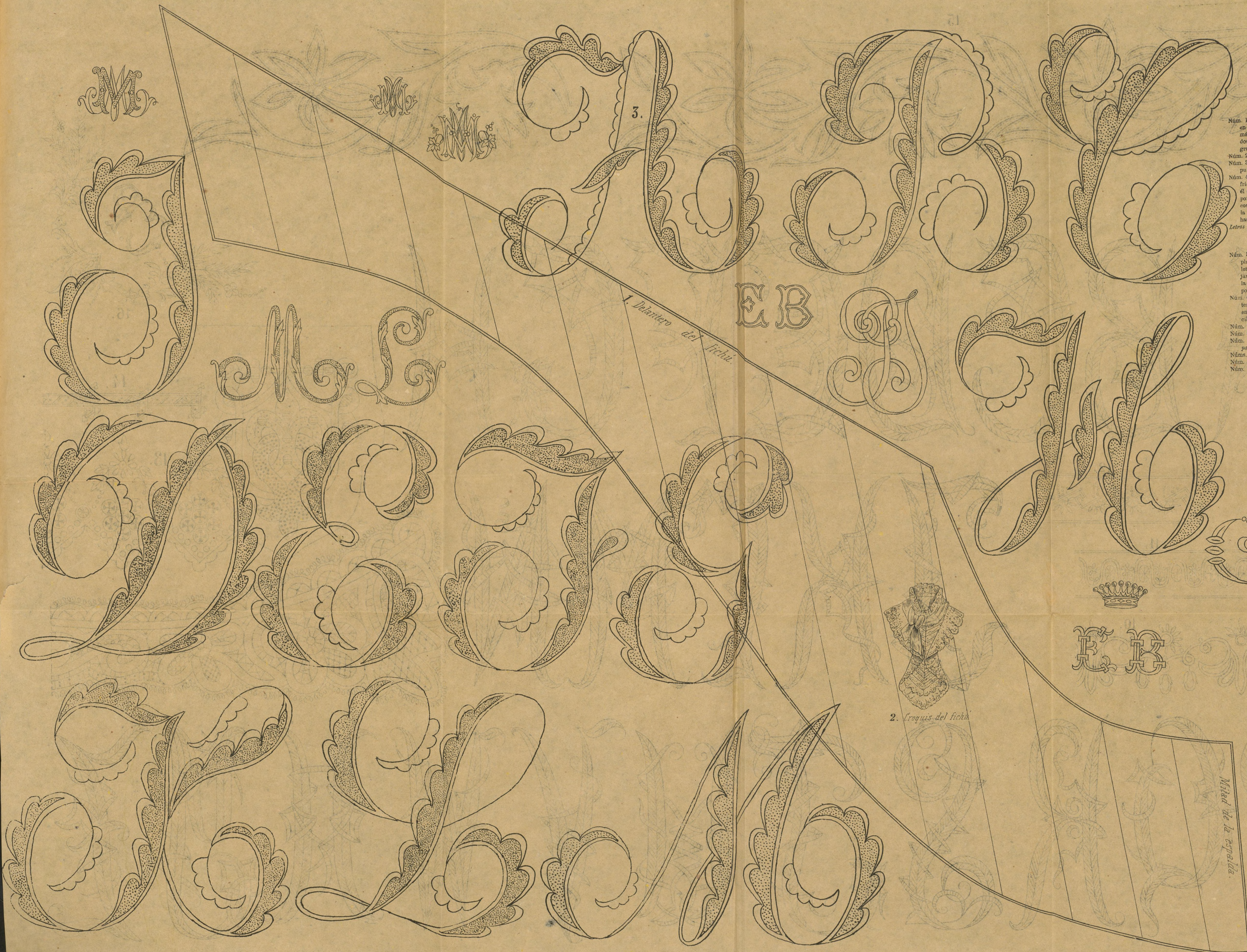
Núm. 8.—Punta de corbata bordada á plumetis.

Núm. 9.—Punta de corbata, que repitiéndose puede hacerse una cenefa para ropa blanca.

Núms. 10 á 14.—Cenefas bordadas á plumetis para ropa blanca.

Núm. 15.—Bordado á contache para traje breton.

Núm. 16.—Bordado con las iniciales O P; bordado á plumetis.



2. Croquis del fichú

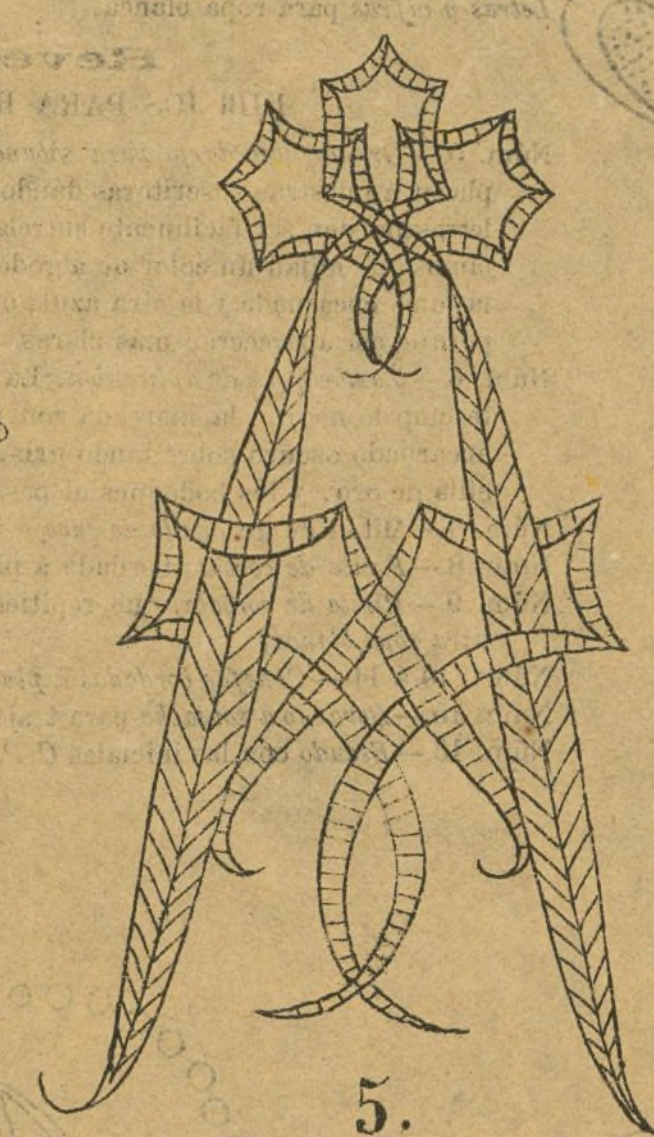
Mitad de la espalda.



4. Modelo para traje de baño.



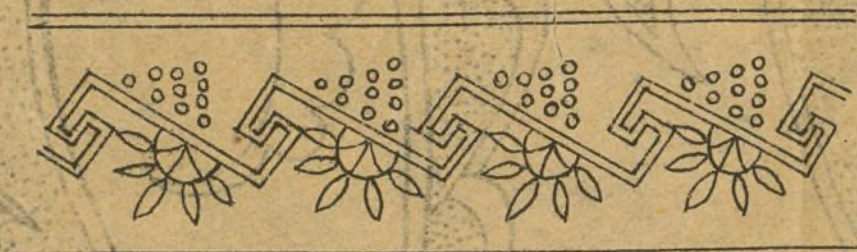
8.



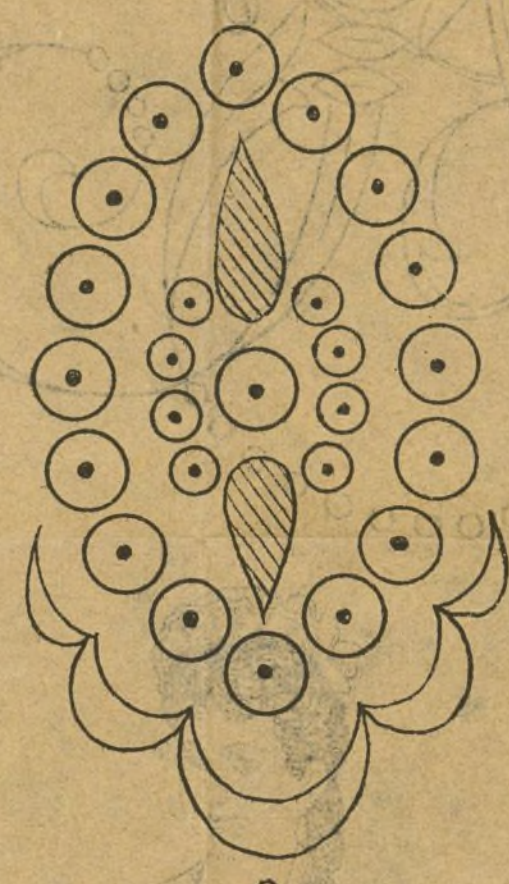
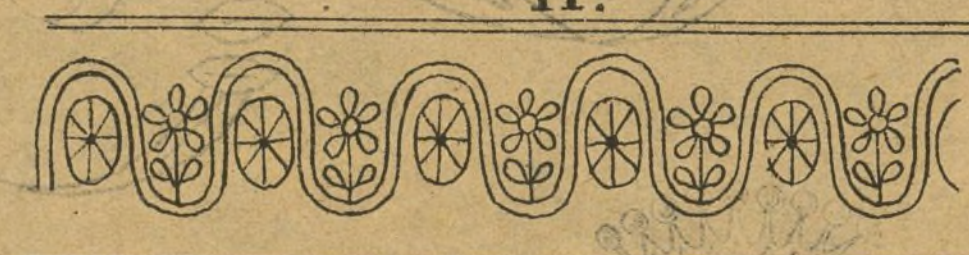
5.



12.



11.



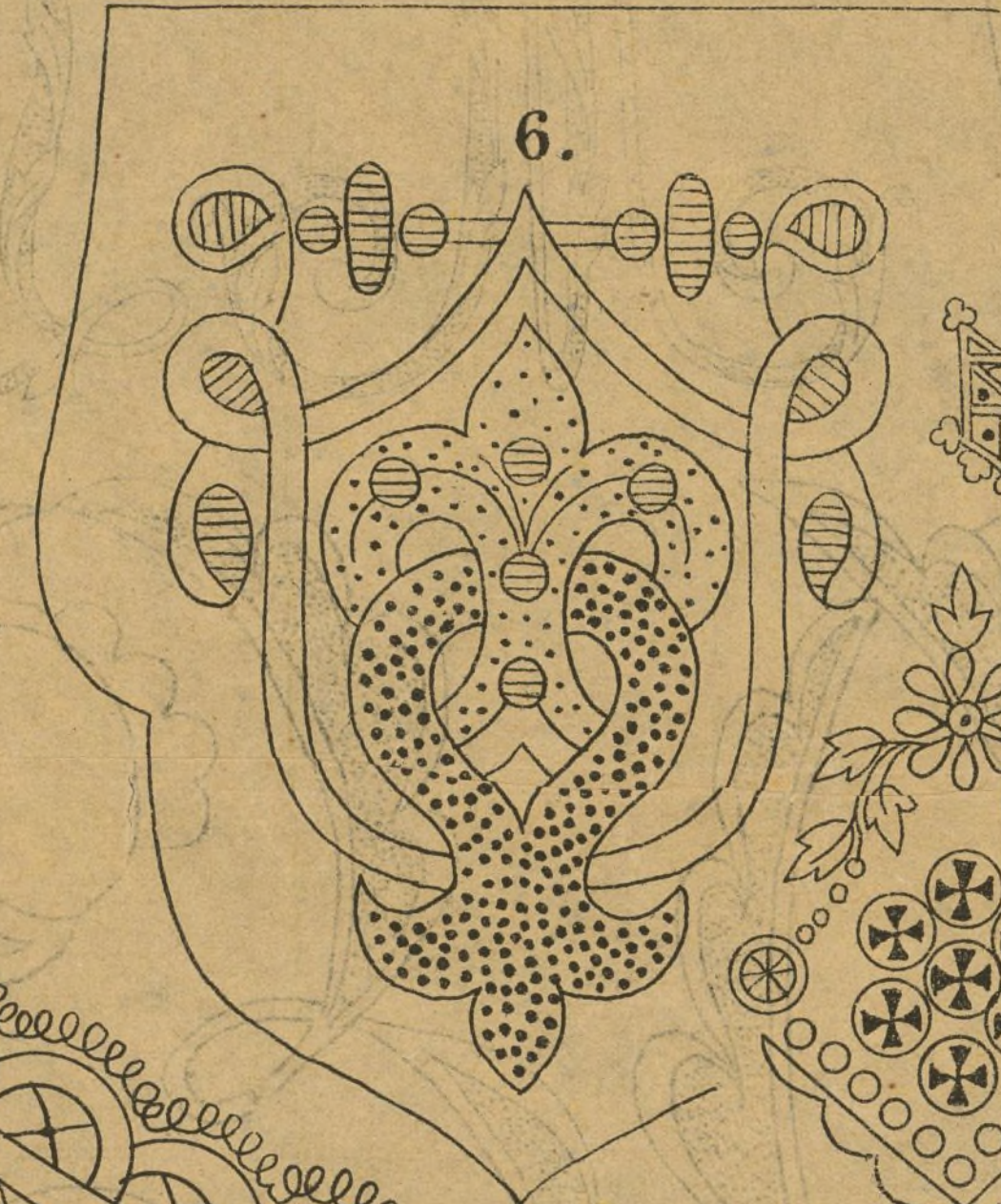
9.



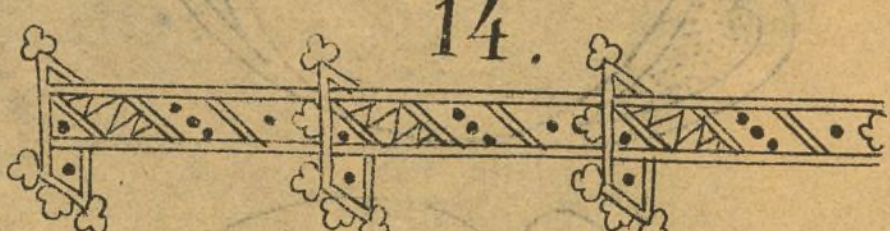
10.



16.



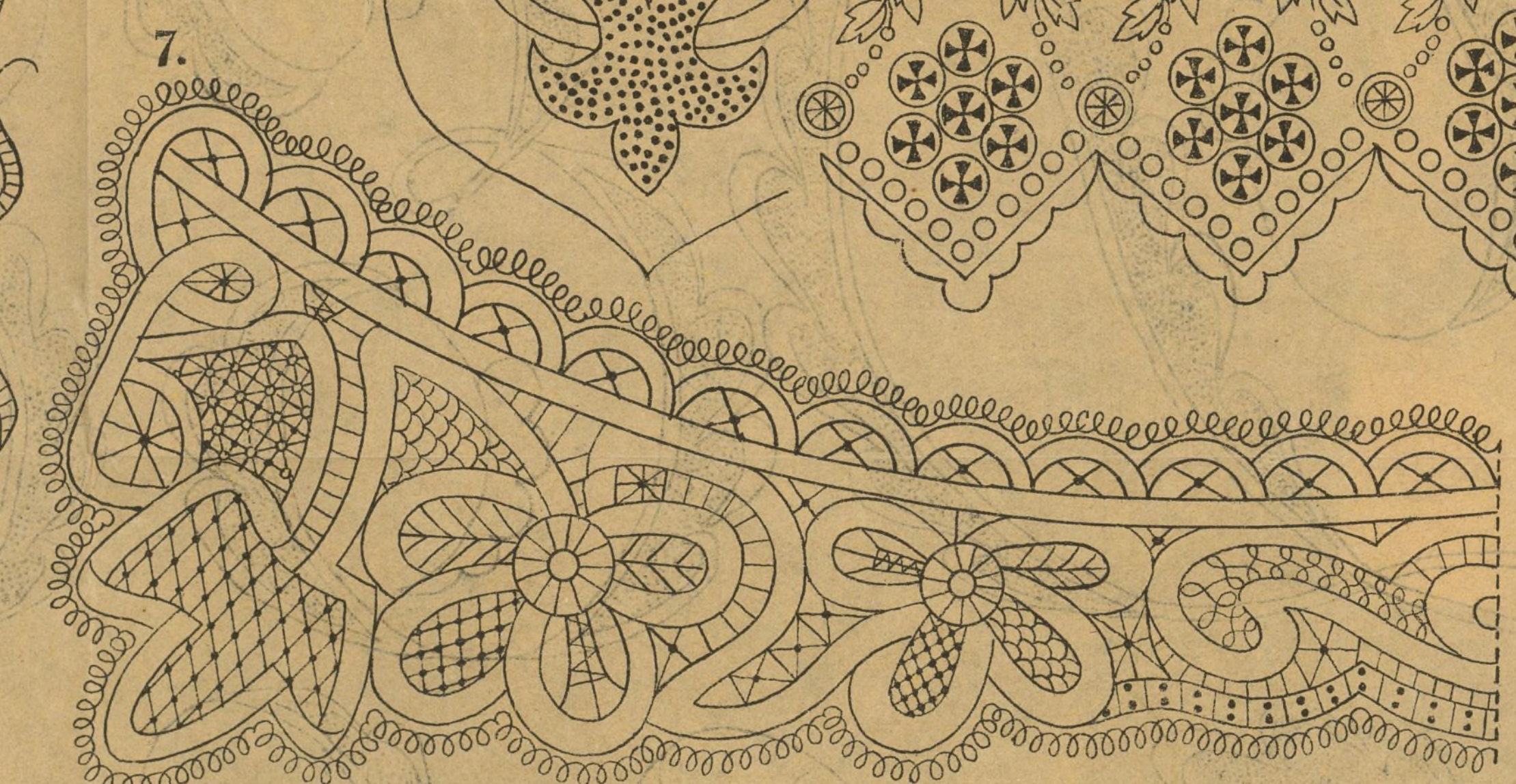
6.



14.



13.



7.